

El pensamiento de la crítica

ALBERTO GIORDANO (2016).
Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 279 páginas.
ISBN: 978-950-845-348-8



Florencia Abbate

Universidad de Buenos Aires / CONICET, Argentina

El pensamiento de la crítica propone un recorrido reflexivo a través de algunos de los autores y temas de los que ya se ha ocupado la obra crítica de Alberto Giordano, pero esta vez en una clave más íntima, que pone en juego la primera persona del crítico, sus preferencias, sus obsesiones, su ética, sus dudas constantes como elemento intrínseco al acto de pensar. Y también, latente a lo largo del libro, un desafío sumamente atractivo: la voluntad de conciliar las experiencias del lector con las exigencias del profesor y del crítico, aunque ello implique -como dice al recordar la escritura de su tesis sobre Puig- convertirse en un ser “*tan ambicioso (acaso tan estúpido) como para violentar el sinsentido de una atracción exorbitante en nombre del saber*” (p. 61).

El libro está dividido en tres partes. La primera se titula “Concepto y experiencia” y contiene tres textos. El primero retoma su reflexión sobre el *ethos* del ensayo, que estaría ligado a una cierta disconformidad con las limitaciones impuestas a la producción académica y con la necesidad de desbordar las clausuras disciplinarias –o interdisciplinarias- “*para restituírle al vínculo entre escritura e investigación la potencia que debilitan o inhiben los imperativos metodológicos*” (p. 15). El segundo trabajo reflexiona sobre las resistencias de la crítica ante la presencia de la ironía en los ensayos de Borges, leyendo el concepto de ironía en la estela de la tradición del Romanticismo de Jena. Y el tercero reflexiona sobre los avatares de su experiencia personal como apasionado lector y crítico de la obra de Manuel Puig, y su tardío encuentro con nociones como *camp* y *queer*, incluyendo evocaciones de intercambios con colegas para, hacia el final, polemizar sobre la institucionalización que suponen los “estudios *queer*”. En ese punto, condensa una serie de problemas en una pregunta que ilustra la vena más aguda e incisiva del estilo y de la axiología de Giordano: “*¿no se fortalece demasiado la experiencia si una política de la identidad le ofrece garantías de sentido? ¿no pierde de ese modo su inapreciable fragilidad?*” (p. 71).

La segunda parte, “Galaxia Saer”, presenta cinco textos. Dos de ellos analizan los ensayos de Saer desde

la perspectiva de un crítico admirador de Saer de algún modo decepcionado por el hecho de que sus ensayos no están a la altura de la complejidad y las incertidumbres de sus obras de ficción; y un tercero constituye un reconocimiento a y una conversación con las lecturas de María Teresa Gramuglio sobre el gran escritor santafesino. Esta parte se abre y se cierra con dos estupendos ensayos, el primero sobre Antonio Di Benedetto y el último sobre Felisberto Hernández. Del primero quisiera destacar la emoción que alcanza el ejercicio de la crítica textual en Giordano cuando involucra sin pudor su sensibilidad como lector, entregándose a ese *ethos* del ensayo que aspira a desbordar los *corsets* de la escritura académica: “*En el mundo de Di Benedetto no hay nada más que hijos sin sostén a los que la presencia de otros hijos, incluso si son suyos y los aman, solo puede provocarles mayor desasosiego. (...) No sabríamos cómo expresar la conmoción que sentimos cuando el padre, que no renuncia a tratar de consolarlo y protegerlo, empeora el encierro del hijo por un arrebato de su propia idiotéz*” (pp. 88-89). Del segundo, uno de los más delicados y seductores del libro, destaco una suerte de fórmula que el crítico encuentra para analizar la obra de Felisberto Hernández, la noción de “ocurrencia”, a la que elige pensar como procedimiento dominante en sus ficciones. Este análisis logra persuadir sobre la productividad de tal noción para entender el modo en que el narrador uruguayo les escapa a los lugares comunes de la técnica narrativa, en razón de una especie de fidelidad a sus deseos y caprichos en el presente del acto de narrar: “*Escondese detrás de una casa para soltar un grito; anotar esa ocurrencia al comienzo de un relato. A quién se le ocurre. Aunque sonrío, como quien responde a la travesura de un niño, el lector no logra disimular su desconcierto*” (p. 161).

“Vida en obra”, la tercera parte, reúne análisis de textos vinculados con el tema del giro autobiográfico en la literatura reciente y de clásicos diarios de escritores. El primero aborda la novela *Derrumbe*, de Daniel Guebel, y el segundo *La amante de Stalin*, de Luz Marus, para concluir afirmando la superioridad de la apuesta de Guebel, que según la lectura de Giordano iría más allá del narcisismo superficial de

las llamadas “literaturas del yo” posautónomas, que pretenden suponerles a las anécdotas del mundo privado una entidad literaria. El tercer abordaje resulta interesante porque el crítico elige un objeto de literatura reciente al que le encuentra mayor interés -comparado con el libro de Marus- y porque se ocupa de algo bastante ignoto para la crítica literaria argentina: el giro intimista en Montevideo y la novela *Limonada* de la escritora uruguaya Sofi Richero. Giordano muestra cómo Richero interviene de manera efectiva y afirmativa en la discusión sobre la legitimidad de los nuevos escritores uruguayos; e introduce una reflexión meta-crítica que refleja su sutileza como lector cuando sostiene que lo más cautivante de *Limonada* es su ritmo, pero que por esa limitación de la crítica, “que necesita inmovilizar los procesos, sobre todo cuando burlan los andamiajes retóricos, para arriesgar impresiones o fijar juicios” (p. 224), no puede dar cuenta de ese elemento que le parece lo más potente del libro. Los dos últimos ensayos se ocupan

de los diarios de Rosa Chacel y de Juan Ramón Ribeyro. El análisis de Chacel, además de divertido, es una excelente muestra de lo penetrante que puede ser la crítica textual cuando consigue hacer fluir los conceptos con los perceptos, como en el apartado titulado “Los tonos”, o cuando piensa a ese diario como un *rapport* de la interrupción, del recomienzo y “la afirmación de la vida como ritmo inmanente que mezcla estados e impulsos antagónicos” (p. 247).

Decir Blanchot en el caso de Giordano sería decir lo que ya se sabe. Sostendría que en parte lo que hace singular y tan disfrutable a *El pensamiento de la crítica* es que está atravesado por un espíritu lúdico y vitalista en el sentido deleuziano, que reconcilia a la lectura crítica con las pasiones y sinrazones de la vida, con el impulso del experimentador que desconoce cuál será la meta final de sus recorridos, y que rechaza la pesadez de las conclusiones cerradas y convierte al placer del texto en un motivo de curiosidad.

